







# IDIÓFONO

CHAI EDITORA



Amy Fusselman

# IDIÓFONO

Traducción de VIRGINIA HIGA

# Fusselman, Amy

Idiófono

/ Amy Fusselman.

1a ed. Ciudad Autónoma  
de Buenos Aires  
Chai Editora, 2021.

126 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Virginia Higa  
ISBN978-987-47283-8-8

Austria 1840 depto V.  
(C1425EGD)  
Ciudad de Buenos Aires,  
Argentina  
[www.chaieditora.com](http://www.chaieditora.com)

1. Narrativa Estadounidense.
2. Danza contemporánea.
3. Alcoholismo. I. Higa,  
Virginia, trad. II. Título CDD813

Título original  
IDIOPHONE

Copyright  
© AMY FUSSELMAN, 2018

Copyright  
© CHAI EDITORA, 2021

Copyright de la traducción  
© VIRGINIA HIGA, 2021

Diseño de tapa/ Diseño gráfico  
LAMAS BURGARIOTTI  
[www.lamasburgariotti.com](http://www.lamasburgariotti.com)

Foto de tapa  
CECILIA ARMAND UGON

Diseño del interior  
GONZALO SEGURA

Primera edición  
FEBRERO DE 2021

ISBN: 978-987-47283-8-8  
Hecho el depósito que marca la ley  
11.273



Para Frank



I.



1.

No puedo dormir en este taxi incómodo de Nueva York.

No deja de moverse.

Es como la cama de *El cascanueces*.

No se puede dormir en ella, solo desmayarse.

Además está en un campo de batalla.

Estoy cansada de los campos de batalla.

Estoy cansada de irme a dormir como si estuviera peleando una guerra.

Estoy cansada de luchar para hacer lo que quiero.

Estoy cansada de luchar para hacer lo que quiero y después luchar para dormir.

Lo quiero todo, amigos.

Quiero tomarme una cerveza.

Cómo me gustaría tomarme una cerveza.

Tomé la última cerveza hace más de veinticinco años.  
Hoy no puedo tomar una cerveza e irme a dormir.  
Hoy no puedo tomar una cerveza y pelear una buena batalla.  
No quiero leer ni escribir sobre la lucha entre beber y no beber.  
Quiero leer sobre lo que hace la gente cuando deja de pelear esa batalla.  
Quiero leer sobre una mujer que estaciona su cama blanca y mullida en un mal ángulo, deja el motor encendido y entra de una corrida en un deli para pedir un café liviano y dulce y después maneja por la autopista West Side con el faldón de encaje que flota mientras la cama va haciendo piruetas en la nieve.  
Quiero estar inmóvil como el mundo bajo la nieve.  
Quiero estar inmóvil como el cascanueces de madera que vi detrás de escena en el Lincoln Center, parado en la repisa al lado de sus gemelos.  
No sabía que el cascanueces tenía gemelos, pero cuando los vi juntos me pareció muy lógico.  
Se necesitan varios cascanueces por si uno se rompe.  
Siempre hay uno que se rompe.  
Quiero estar inmóvil y no romperme.  
Quiero estar inmóvil y multiplicarme.  
Quiero ver doble y triple, porque soy cuádruple.  
Quiero quintuplicarme.  
Quiero sextuplicarme mientras me siento en un trono y miro cómo bailan para mí los caramelos y el café.

Quiero hacer lo que yo quiera en un mundo que no parece querer que yo haga lo que quiero.

Quiero no tener que luchar.

Quiero que mi madre deje de tirarme golpes bajos desde su residencia geriátrica en Tampa.

Quiero que mi madre deje de estirar su brazo flaco de noventa años a lo largo del país para darme un golpe de conejo mientras duermo.

Quiero dormir un sueño que sea como la nieve.

Quiero estar a salvo y abrigada como un conejo dentro de un sombrero.

Quiero estar a salvo y abrigada en un sombrero escuchando recitar a mi mago, y luego salir del sombrero con sus suaves manos enguantadas tomándome de mis orejas, rodeada de luz.

Quiero estar en un círculo de luz que no se mueva, que me proteja.

Quiero sentir cómo se mueve el mundo, cada pedacito del mundo que lucha todo el tiempo para vivir.

Quiero salir del taxi y subir las escaleras y pararme bajo la luz de la entrada con la llave en la mano.

Quiero abrir la puerta e irme de este mundo.

Quiero irme de este mundo que siempre está en guerra.

Quiero irme de este mundo en el que no he estado borracha.

Quiero beber en un mundo nuevo.

Quiero beber en un mundo que tenga luces de colores y música como una fiesta de Navidad.

2.

El bailarín más imponente de *El cascanueces* es el árbol.

La parte más emocionante de *El cascanueces* es cuando el árbol crece al son de la música.

A medida que el árbol crece, el escenario cambia:

lo que antes era un hogar decorado para la fiesta se convierte en un campo de batalla.

Es tan increíblemente fácil que un mundo se convierta en otro.

En mi visita guiada por el backstage de *El cascanueces* en el Lincoln Center vi cómo doblaban el árbol gigante para la siguiente función.

El árbol es como un acordeón que queda guardado en una caja debajo del escenario hasta el momento en que tiene que crecer. Cuando la música llega a ese punto, unos cables lo izan hacia el techo y lo despliegan en todo su esplendor.

Mientras miraba cómo compactaban el árbol, me salpicó un poco de su nieve.

La nieve estaba hecha de circulitos de papel tornasolado.

Me guardé un poco en el bolsillo del abrigo y la tuve ahí todo el invierno, como un amuleto de la suerte.

Metía la mano desnuda, congelada, en el bolsillo y tocaba la nieve y pensaba: *las bailarinas pisaron esto*, y ese pensamiento casi me hacía entrar en calor.

El tramoyista que bajaba el árbol me dijo que a veces las bailarinas se tropiezan y se caen sobre la nieve.

En los más de diez años en que he ido a ver *El cascanueces* al Lincoln Center, nunca he visto a una bailarina tropezarse y caer.

Me quedé mirando el árbol hasta que estuvo todo metido en la caja.

Me quedé mirando el árbol hasta que estuvo listo para que se lo llevaran.

Estoy en este mundo pero a veces siento la llamada de otros mundos.

3.

Hubo una época en que yo era chica y mi madre era enorme.

Hubo una época en que yo era diminuta y mi madre era enorme y horrible y estaba llena de luz.

Hubo una época en que se formaban fiestas en torno a mi madre y se depositaban cajas satinadas a sus pies y las ventanas se abrían y se cerraban para ella y los ratones correteaban a su alrededor.

Hubo una época en que las varas de los trombones se deslizaban en éxtasis caprichoso cuando mi madre caminaba por la calle.

Ahora mi madre es frágil.

Ahora mi madre se está achicando.

Ahora mi madre está en la cama y no puede dormir.

Es tan increíblemente fácil que un mundo se convierta en otro.

4.

Durante mucho tiempo admiré *El cascanueces* solo por su argumento, que, desde mi punto de vista, era el siguiente:

La familia de Marie celebra una fiesta de Navidad.

Llega el mágico tío Drosselmeier, que tiene un parche en el ojo, y le regala un cascanueces de juguete.

Fritz, el hermano de Marie, rompe el cascanueces de juguete.

Marie está triste, y después de la fiesta se va a dormir al salón con el cascanueces roto.

Llega el tío Drosselmeier y arregla el cascanueces mientras Marie duerme.

El tío Drosselmeier se va.

Todo cobra vida.

El árbol de Navidad se vuelve gigantesco.

El cascanueces de juguete se hace grande, del tamaño de Marie.

Unos ratones del tamaño de Marie corretean por el salón.

El cascanueces del tamaño de Marie, junto con unos soldados de juguete del tamaño de Marie, un conejo tamborilero del tamaño de Marie y la misma Marie pelean contra los ratones del tamaño de Marie.

Marie le arroja su zapato al rey de los ratones y crea así una distracción que le permite al Cascanueces matarlo con su espada.

Marie se desmaya sobre una cama blanca llena de volados.

La cama blanca baila.

La cama blanca baila en medio de una tormenta de nieve.

Marie se despierta.  
El Cascanueces revela que es un príncipe.  
Marie y el príncipe viajan a la tierra mágica de los dulces.  
Allí baila para ellos el Hada de Azúcar.  
Bailan para ellos los ángeles.  
Bailan para ellos los bastones de caramelo.  
Baila para ellos el mazapán.  
Baila para ellos la Mamá Jengibre.  
Bailan para ellos los polichinelas.  
Baila para ellos el chocolate caliente.  
Baila para ellos el té.  
Baila para ellos el café.  
Bailan para ellos las flores.  
Versiones adultas de ellos mismos bailan para ellos un *grand pas de deux*.  
Marie y el príncipe se suben a un trineo tirado por un reno.  
Marie y el príncipe nos saludan con la mano mientras salen volando por los aires.  
Eso es todo.  
Fin.  
Yo admiraba este argumento.  
¿Por qué no hay más obras de ficción como *El cascanueces*?  
¿Por qué no hay más autores que abandonen sus argumentos pesados a la mitad y pasen a algo más interesante, como unos caramelos que bailan?  
¿Por qué hay que quedar atrapado en un mundo horrible que se dirige lentamente a su desenlace lógico?

¿Por qué no puede haber piedad?

¿Por qué no podemos salir de un mundo y entrar en otro?

5.

*El cascanueces* se representó por primera vez el 18 de diciembre de 1892, en el Teatro Imperial Mariinsky de San Petersburgo, Rusia. La dirigía el mismo equipo que había hecho *La bella durmiente* dos años antes: el director del Teatro Imperial, Ivan Vsevolozhsky; el coreógrafo Marius Petipa; el asistente de Petipa, Lev Ivánov; y el compositor Pyotr Ilich Tchaikovsky.

Vsevolozhsky quería hacer un ballet basado en el cuento de E. T. A. Hoffmann de 1816 “El cascanueces y el rey de los ratones”. Sin embargo, era un desafío llevar ese cuento a los escenarios: contenía flashbacks, el Cascanueces y Marie caen bajo una maldición y de a ratos se vuelven feos y hay unos pedacitos de grasa que tienen un rol en la trama.

(Personalmente me gustaría mucho ver un ballet en el cual haya pedacitos de grasa que bailan).

Vsevolozhsky y Petipa simplificaron la narrativa basándose también en una adaptación de la historia escrita por Alexandre Dumas padre. Le presentaron el resultado de su colaboración a Tchaikovsky, que trabajó a partir de sus indicaciones.

Un ejemplo de las indicaciones con las que trabajó

Tchaikovsky:

*El escenario está vacío. Ocho compases de música dulce y misteriosa.*

6.

Dos ratones hacen compras en un gran almacén.

Van manejando un Escarabajo Volkswagen amarillo descapotable.

Es viejo y no muy fiable, pero es un buen auto para la playa.

Los ratones estaban comprando y siguen comprando un poco más; parece Navidad.

—¿Qué tenemos hasta ahora? —pregunta Ratón Uno, el que maneja.

—Queso, queso, queso —responde Ratón Dos mirando dentro de la bolsa.

—Necesitamos más queso —dice Ratón Uno.

—Tienes razón —dice Ratón Dos, y cierra la bolsa decidido.

—Estoy cansado —dice Ratón Uno.

—Tomémonos un descanso —dice Ratón Dos.

Ratón Uno estaciona el auto debajo de una cama tamaño king size en la sección de las camas.

Afuera es verano; debajo de la cama está fresco.

Los ratones duermen una siesta en el auto junto a una marea de ojotas que pasan.

7.

*El cascanueces*, en la versión que ofrece el Ballet de Nueva York cada temporada navideña en el Lincoln Center —es decir, *El cascanueces* de George Balanchine— fue creado originalmente por un pequeño grupo de hombres blancos y suele ser bailado por un grupo mayoritario de hombres, mujeres y niños blancos.

Ha sido adoptado por el grupo demográfico dominante en los Estados Unidos, que es —por el momento, porque la batalla no ha terminado— blanco y cristiano.

*El cascanueces* ha sido recreado por innumerables compañías de ballet para reflejar diferentes interpretaciones.

Ha habido, entre muchas otras variantes:

un Cascanueces de Harlem

un Cascanueces sureño

dos Cascanueces urbanos (uno ambientado en el Cleveland contemporáneo y otro en Atlanta)

un Cascanueces del suroeste (con coyotes y víboras de cascabel)

un Cascanueces de Hollywood

un Cascanueces de Yorkville

un Cascanueces nativo americano

un Cascanueces de Frisch's (así llamado por la cadena de restaurantes de Ohio que lo patrocinaba)

un Cascanueces de chocolate  
un Cascanueces Bharatanatyam  
un Hard Nut o “Nuez dura” (¡la genial versión retromoderna de Mark Morris!)  
un Cascanueces hip-hop  
un Cascanueces interactivo para bailar  
y  
un Cascanueces Romántico Revolucionario, en el que Drosselmeier aparece representado como un skater gay cuyo amante acaba de morir de sida.

S.

En todos los años en que fui a ver *El cascanueces* en versión del Ballet de Nueva York, nunca he visto a una bailarina caerse, pero he observado que siempre, indefectiblemente, hay una risa. Ocurre en un momento extraño, uno de los momentos más sombríos de la historia: cuando muere el Rey de los Ratones.

Sucede así: el Rey de los Ratones, con sus siete cabezas y sus siete coronas, ha sido herido de muerte por el Cascanueces. Yace de espaldas, con los brazos a los costados, la espada todavía en mano. La música se ralentiza y se debilita. La batalla ha terminado. Es una escena solemne.

De pronto, el Rey de los Ratones se sacude y adopta una posición exageradamente tiesa: las manos petrificadas forman a medias una garra, las piernas corren en el aire. Ya no está muerto, está “muerto”, y con este metamovimiento le recuerda al público que está vivo y que esto es una representación. Y el público se ríe de cómo el Rey de los Ratones manifiesta una obviedad con un movimiento, y de cómo con este movimiento consciente y coreografiado, el Rey de los Ratones vence a su propia muerte. Está vivo.

Que *El cascanueces* se considere un mero ritual navideño me resulta incomprensible. ¿No es osada una obra de arte en la que nos reímos de la muerte? ¿No es osada una obra de arte que no ata prolijamente todos los cabos sueltos al final sino que, en cambio, los abandona, y pasa a algo mejor?

*El cascanueces* no va del punto A al B y luego del A al C al B y de nuevo al A en un bailecito complicado. Es una línea recta: va de A a B. En realidad salta de A a B, y esos saltos son parte de la diversión.

*El cascanueces*, en términos argumentales, está estructurado no tanto como una historia sino como un chiste. Yo diría que la organización de este chiste refleja una verdad humana que se suele esquivar: las narrativas de nuestras vidas no tienden a terminar con una reverencia sino con un remate cómico.

Eso me recuerda: ¿cuántos ratones se necesitan para enroscar una lamparita?

Dos, si son lo suficientemente pequeños.

9.

Iba en el taxi con mi hija.

Habíamos comido un gran brunch y queríamos ir a casa a dormir la siesta.

Había pedido panqueques con chispas de chocolate y un vaso de leche para ella.

Había pedido un omelette de espinaca y queso y una taza de café para mí.

Ella solo había comido un bocado de sus panqueques.

Yo un poco de todo.

Los panqueques en esa cafetería son exquisitos:  
son portales hacia otro mundo.

Cuando llegan, en su plato blanco, enorme,  
una quiere acostarse encima de ellos.

Cuando les echas jarabe de maple, se oye el canto de los  
ángeles.

Después de una comida así no se puede seguir como si nada.

Hay que hacer una pausa.

Hay que mirar, revisar y reevaluar la propia vida.

Hay que recordar el propio nombre y dónde estamos.

Hay que recordar qué estamos haciendo y por qué.

Quiero decir, hay que olvidarse de todo eso.

Hay que olvidarse de todo por un rato.  
Y luego hay que recordarlo.  
Y luego hay que seguir.  
Y volver a meternos en el taxi amarillo y salir volando.

10.

Durante mucho tiempo no me pareció que fuera algo grave quedar inconsciente cuando bebía.  
Una vez, en la secundaria, mi amiga me llamó un domingo a la tarde y me preguntó si sabía lo que había hecho la noche anterior, y yo no sabía.  
Había vomitado sobre la cama del cuarto de huéspedes de su casa, donde habíamos pasado juntas el fin de semana.  
Lo había hecho sin darme cuenta, mientras estaba inconsciente, y cuando me levanté seguía sin darme cuenta, y luego me duché e hice la cama y seguía sin darme cuenta.  
Simplemente no lo vi.  
Mi amiga quería que le escribiera una nota de disculpas a su madre.  
Me podría haber muerto ahogada en vómito: mi amiga hizo énfasis en eso.  
Escribí la nota a mano, en un papel de carta con flores.  
Lo metí en el buzón y traté de no pensar más en ello.  
El padre de mi amiga fue la primera persona exalcohólica que conocí.

Una vez, cuando nos llevaba a casa después de la escuela, nos contó cómo había dejado la bebida.

Para ese entonces hacía siete años que estaba sobrio, cosa que a mí me parecía inimaginable.

Su mujer, la madre de mi amiga, tenía en la cocina una pila de tarjetitas atadas con una banda elástica.

Eran esa clase de tarjetas que se envían con un ramo de flores.

Era una torre de tarjetas de todas las veces que él le había comprado flores desde que había dejado de beber.

La pila debía tener unos doce centímetros de alto.

Me resultaba tan exótica.

Era como una obra de arte del Pacífico Sur que está expuesta en el Met.

Era como el tambor de hendidura de Vanuatu de la Galería 354.

Ese objeto es increíble.

Tiene más de cuatro metros de alto y está tallado en una sola pieza del tronco de un árbol de pan.

Representa a un ancestro de la tribu.

Está ahuecado en el medio y tiene una hendidura larga y angosta que lo atraviesa verticalmente por el centro.

La hendidura es su boca:

a través de ella hablan los ancestros.

Los tambores de hendidura pertenecen a una clase de instrumentos musicales llamados idiófonos.

Son un tipo de idiófono percutido.

Otros tipos de idiófonos percutidos son los cencerros, los triángulos y los xilofones.  
Me golpearía la cabeza contra un xilofón cuando pienso en mi comportamiento en la secundaria.  
Me agradaban mucho los padres de mi amiga.  
Estaba profundamente avergonzada.  
Me sentí muy mal por esa cama.  
Mi atención estaba centrada en la cama.  
Aferraba la cama en la mano como una miga de pan.  
Roía y roía la cama en sueños.  
En esos años yo acumulaba historias acerca de cómo evadir la muerte.  
Las colgaba sobre mi cama.  
Colgaban ahí, pesadas, sobre mi cabeza.  
Pensar acá en ellas me hace doler el estómago.  
Más cencerros.  
Una vez, en la universidad, caminé por un gran charco de nafta junto a una estación de servicio con un cigarrillo encendido en la mano.  
Estaba borracha y tenía puestos los auriculares con la música a tope.  
El tipo que estaba parado junto al camión de nafta al lado del charco me gritaba y me hacía señas, frenético.  
Yo no entendía.  
Atravesé el charco.  
Debía estar caminando en el aire.  
Debía estar volando en un trineo.

Debía estar yendo a ver a Papá Noel.  
Cuando salí del charco, entendí.  
Entendí lo que era el charco y por qué él me hacía unos gestos tan desesperados.  
Por un segundo me paré en seco.  
Él me miró con pena y sacudió la cabeza.  
Yo estaba horrorizada pero hice de cuenta que no había pasado nada.  
Seguí caminando.

Después de eso bebí durante un par de años más.  
En realidad no es tan fácil que un mundo se convierta en otro.  
No sé por qué estamos atrapados en un mundo horrible que se dirige a su desenlace lógico.  
Quiero abrir la puerta y salir del mundo.  
Quiero abrir la puerta y dejar entrar más mundos.  
Quiero estar en dos mundos a la vez.  
Quiero estar en tres y cuatro y cinco mundos a la vez.  
Quiero sextuplicar mis mundos.  
Quiero que bailen para mí los caramelos y el café.  
Quiero que los ancestros hablen a través de mi hendidura.  
Quiero transmitir su mensaje como hizo Tchaikovsky.  
No puedo creer cómo trabajaba casi a ciegas cuando compuso *El cascanueces*.  
*El árbol de Navidad se hace gigante. Cuarenta y ocho compases de música fantástica con un crescendo grandioso.*  
Con eso trabajaba Tchaikovsky, amigos.

Eso era todo lo que tenía para avanzar:  
unas pocas palabras.  
Cómo hizo para crear esos sonidos, no lo sé.  
Quiero saber qué era lo que lo guiaba.

11.

La producción de *El cascanueces* del Ballet de Nueva York ha sido una parte fundamental de la temporada navideña desde su estreno el 2 de febrero de 1954. El ballet comienza con la siguiente imagen: dos niños, Fritz y Marie, de frente a nosotros, profundamente dormidos delante de una puerta cerrada. Se despiertan y se dan vuelta para mirar por la cerradura de la puerta. A través de esa abertura minúscula espían a sus padres, que se preparan para una fiesta de Navidad. Los niños riñen entre sí para poder echar un vistazo.

Es un comienzo muy poco auspicioso para un ballet: dos niños que primero están dormidos y después forcejean dándonos la espalda y compiten por un atisbo de la acción que nosotros, el público, vemos vagamente a través de un telón de gasa. Y sin embargo, con esta imagen inicial de dos personitas que acaban de despertarse y que riñen para echarle un vistazo a otro mundo, emprendemos un viaje en el que observamos y luego participamos de una ampliación dramática y gozosa de la visión.

(El tema de la visión expandida se enfatiza a través del hecho de que Marie y el Cascanueces convertido en príncipe pasan casi toda la segunda parte del ballet —luego de la turbulenta batalla— como observadores exaltados. De hecho, no bailan en absoluto; solo están sentados. Sin embargo proporcionan un contrapunto visual fundamental: Marie y el príncipe miran el mismo desfile de golosinas danzantes que vemos nosotros, solo que desde el lado opuesto. Un aspecto importante del segundo acto es que nosotros, el público, los vemos a ellos como espejo de nuestra propia mirada).

Hacia el final de *El cascanueces* ya pasamos a través del agujero de la cerradura con Marie, recorrimos la superautopista de la trama y entonces emergemos, como ella, en un momento final de iluminación: la casa se enciende y todos los intérpretes están en escena, de frente al público, que aplaude; esa disolución tradicional de la frontera entre el observador y el observado en el teatro tiene una gran resonancia. Todos estamos, al fin y al cabo, dentro de *El cascanueces*. Todos juntos bajo la luz blanca y brillante en la que cada persona y cada cosa se hace visible.

12.

Hace poco mi madre me dijo que estaba teniendo problemas con la vista. Fue al oftalmólogo, y la enfermera la hizo pararse frente a la tabla optométrica con la paleta de plástico negro que se usa para cubrir un ojo.

Mi madre se tapó el ojo derecho y leyó la tabla con el izquierdo sin problema. Luego se tapó el ojo izquierdo.

“No lo podía creer”, dijo. “La tabla desapareció”.

Por cómo me lo contó, parecía que había un mago ahí con ella en el consultorio del médico. Pero cuando terminó el truco, mi madre seguía a oscuras. Sigue sin poder ver del ojo derecho y no sabe por qué. No le preguntó al médico ni a las enfermeras ese día. No le gusta hacer preguntas. Tiene que volver al doctor y hasta que llegue ese momento se ha creado sus propias ideas. Que sean incorrectas no es un problema para ella. Sus ideas son sus creaciones, y le encantan.

Mi madre está tan feliz con sus ideas como un ratón que se topa con una miga de pan. El mundo puede parecer salvaje e incontrolable, pero una miga de pan no. Una miga, para mi madre, tiene sentido: sabe qué hacer con ella. La agarra, la sujeta, para no soltarla más.

Esto no es en absoluto una debilidad.

Yo sé perfectamente que un ratón puede llegar a ser rey.

Yo sé perfectamente que un ratón puede intimidar con sus siete cabezas y sus catorce ojos que ven todo lo que está mal.

13.

Los dos ratones se despiertan de la siesta debajo de la cama king size.

Están en la tienda porque pronto se van a casar.

Están armando su lista de bodas, que es un poco como escribir una lista de regalos para Papá Noel.

Se ponen de acuerdo en que van a ir a mirar acolchados.

—Lo quiero de plumas —dice el Ratón Uno.

—Soy alérgico a las plumas —dice el Ratón Dos.

—Vamos, las plumas sintéticas son horribles —insiste el Ratón Uno.

—¡Pero voy a estornudar! —protesta el Ratón Dos.

En ese momento llega mi madre, del tamaño de un ratón, y se mete con ellos bajo la cama king size.

Los ratones le dan la bienvenida y le ofrecen un poco de queso gouda.

Mi madre y los ratones mordisquean juntos un poco de queso gouda en el Escarabajo VW.

Los dos ratones van en la parte de adelante y mi madre en la parte de atrás.

Mi madre les explica a los ratones que ya descubrió lo que le pasa a su ojo.

Al fin leyó los folletos que le dio el doctor.

Tiene degeneración macular, la más severa, la que causa la pérdida de visión más dramática e irreversible.

—Si miro con el ojo derecho, no veo nada —les dice a los ratones.

—Qué miedo —dice el Ratón Dos.

—¿Ya eligieron la porcelana? —les pregunta mi madre.

—Todavía no —dice el Ratón Uno.

—Vamos a mirar la porcelana —dice el Ratón Dos.

Después de varios intentos, el Ratón Uno enciende el coche. Finalmente salen zumbando a buscar los carteles que indican dónde está la porcelana.

14.

Si todo lo que bebí en la vida bailara para mí, Dios mío.

Si bailara para mí el *boilermaker* .

Si bailara para mí la cerveza.

Si bailara para mí el bourbon.

Si bailara para mí el whisky.

Si bailara para mí la *crème de menthe* en copas de cristal.

Si bailara para mí el gin tonic.

Si bailaran para mí el alcohol etílico y el ponche con gusto a remedio para la tos.

Si el vino en copas de vino bailara el chachachá.

Si el vino en cartón bailara el minué.

Si el vino en termo bailara el flop.

Si el vino en frascos de mermelada diera golpes de cadera.

Si el vino en vasos de plástico hiciera el paso del caballo.

Si el vino en botella bailara la Macarena.

Si el gin en botellas de shampoo que metía a escondidas en mi dormitorio de la secundaria hiciera un *slide*.  
Si la frapera se meneara.  
Si el whisky sour se bamboleara.  
Si los daiquiris marcaran el ritmo con la cabeza.  
Dios mío, ya saben a dónde quiero llegar con esto.  
Ya saben cuál es el remate.  
Si los té helados Long Island llamaran a la agencia de viajes en un barsucho de Ohio.  
Si las botellitas de avión en un auto.  
Si la poesía con vino y queso.  
Si no hubiera poesía ni queso, solo vino.  
Si todos ellos bailaran para mí.  
Si el tío mágico Drosselmeier, con su parche en el ojo, me visitara mientras duermo.  
Si hiciera girar su destornillador.  
Si se tomara su destornillador.  
Si me dejara durmiendo ahí.  
Si me dejara dando vueltas en la cama.  
Si todo cobrara vida.  
Si todo enroscara una lamparita.  
¿Por qué no estamos bailando? Es una muy buena pregunta.  
Todos deberíamos bailar con nuestros tragos.  
Todos deberíamos volvernos del tamaño de Marie y bailar con nuestras bebidas del tamaño de Marie.  
Todos deberíamos tomar lo que tomó Alicia en el país de las maravillas y volvernos grandes y pequeños.

Las botellas de Alicia decían *Bébeme*.  
A mí todas las botellas me decían *Bébeme*.  
Ya no bebo.  
Algunos días no sé cómo hago.  
Cuando bebía era una chica, y ya no lo soy.  
Era una chica que le decía “pan líquido” a la cerveza.  
Era una chica que le decía “pizza líquida” al Bloody Mary.  
Era una chica que tenía una cara que podría calificarse como  
“regordeta”.  
Tenía mejillas tan rechonchas que cuando sonreía no se me  
veían los ojos.  
Tenía mejillas rechonchas como las de un ratón.  
Almacenaba cosas en ellas.  
Tenía coches compactos en las mejillas.  
Tenía un futuro.  
Caminaba sobre nafta con fuego en la mano.  
En aquel momento mi cabeza era un idiófono.  
Necesitaba ser percutida.

15.

Hace poco mi madre y yo tuvimos una gran discusión por  
teléfono.  
Yo no me guardé nada.  
Hice un agujero en el telón de gasa.  
Unos días más tarde le surgió ese problema en el ojo.  
Sé que no le causé a mi madre la pérdida de la visión.

Nos peleamos; a ella se le oscureció un ojo.  
No son cosas relacionadas.  
El ojo oscuro y nuestra pelea no son hermanos.  
El ojo oscuro y nuestra pelea no son hermanas.  
Mi madre y yo peleamos, y eso no es una familia.  
Una pelea no es una familia.  
La mitad de las veces ni siquiera se puede ver.  
Pelemos en el aire que está entre Nueva York y Tampa.  
Pelemos en el aire que está sobre Carolina del Norte.  
Pelemos como los hermanos Wright mientras sobrevolaban la  
playa en Kitty Hawk.  
Nos turnamos como los hermanos Wright para volar con esa  
máquina loca que construyeron juntos en la bicicletería.  
Nos turnamos como los hermanos cascanueces, parados juntos  
detrás de escena.  
Nos turnamos como los hermanos cascanueces cuando salen a  
escena.  
Nos turnamos como los hermanos cascanueces que se rompen  
y se arreglan.  
A veces ni siquiera sé si estamos combatiendo o no.  
A veces una batalla puede ser almorzar con tu madre.  
Pienso que ella combate al arrastrar su andador junto a la gente  
que tiene que ayudarla a vivir.  
Me gustaría que me ayudaran a vivir.  
Me gustaría tener una madre que fuera un inmenso árbol  
iluminado.

Me gustaría tener una madre que fuera un conejo tamborilero sin armas.

Yo misma soy madre.

Y sé lo difícil que es ser madre.

Soy una madre que es un árbol o un conejo o un pequeño circulito de papel tornasolado, no sé.

Ya no sé qué soy.

Me comí una torre de panqueques tan alta como mi cama, y ahora olvido.

Necesito recostarme.

Necesito recostarme sobre la nieve.

Necesito enviarle un mensaje a Tchaikovsky.

Necesito enviarle un mensaje a Tchaikovsky acerca de no tener nada con qué seguir, solo unas pocas palabras.

Necesito enviarle un mensaje a Tchaikovsky sobre lo fastidioso que es que las palabras no sean música.

La verdad es que no es tan fácil que un mundo se convierta en otro.

No les cuento demasiado a mis hijos acerca de otros mundos.

Solo los acompaño en la idea de que este es el mundo, y es sólido y estable y no se desarma ni desaparece ni se mueve.

No cambia.

Este mundo no cambia, niños.

No cambien el mundo.

Llevo a mis tres hijos a Tampa a ver a mi madre y todos nos ponemos de acuerdo en que somos una familia almorzando y esto no es una batalla.

Nos sentamos alrededor de una gran mesa redonda en el comedor del geriátrico.

Cuando los veo juntos, todo tiene sentido.

16.

Mi madre y los ratones no logran encontrar la porcelana, así que deciden hacer una parada en un bar.

El bar está en la parte turbia de la tienda, cerca del equipamiento de camping.

Mi madre y los ratones beben *boilermakers* de whisky y cerveza.

A la gente de tamaño ratón que está en el bar no le agradan los ratones que están con mi madre.

Los ratones que están con mi madre son de género indeterminado.

Podrían ser hombres y podrían ser mujeres, no es fácil saberlo.

Aunque en una obra de teatro esta característica de los ratones no tiene demasiada importancia, la gente en el mundo real no lo acepta con tanta facilidad.

Cuando en el bar se corre la voz de que estos dos ratones se van a casar, un tipo de tamaño ratón les dice a los ratones que

están con mi madre que se tienen que ir, que en este bar no los pueden atender.

Lamentablemente, los ratones que están con mi madre están acostumbrados a esto.

No quieren un escándalo, así que se van.

Pero mi madre está borracha y quiere pelear.

Mi madre solo ha tomado un *boilermaker*, pero igual es demasiado porque ella es muy delgada.

Mi madre parte su botella de cerveza en la cabeza del tipo de tamaño ratón y sale corriendo del bar.

El tipo de tamaño ratón queda tirado en el piso, sangrando.

Los amigos del tipo de tamaño ratón persiguen a mi madre.

Los ratones encienden el motor del Escarabajo para poder dar la vuelta y recogerla.

El Ratón Uno finalmente logra arrancar el Escarabajo.

Mi madre corre como loca hacia él.

Mi madre se mete de un salto en la parte trasera.

El Escarabajo sale disparado como un cohete.

El Ratón Uno maneja el Escarabajo con el corazón en la boca.

Debe ser difícil ser queer en un mundo que no quiere que seas queer.

Se cree que Tchaikovsky era gay, y se cree que tenía terror de que se descubriera.

Hay cierta controversia acerca de si su muerte, a la edad de cincuenta y tres años, fue a causa del cólera o fue autoinfligida porque su sexualidad estaba por salir a la luz.

Imaginen preferir la muerte en lugar de que tu yo completo salga a la luz.

Imaginen el nivel de terror.

Imaginen que son un conejo en un sombrero, aterrorizado de las manos enguantadas del mago que se ciernen sobre sus orejas, y equiparan la palabra abracadabra con la palabra aniquilación.

Imaginen lo pequeño que sería nuestro mundo si le tuviéramos miedo a cualquier tipo de magia:

la vida entera escondidos en un sombrero oscuro.

Me pregunto cómo sonaría el mundo si uno viviera así.

Mi madre y los ratones aceleran, ahí abajo, donde no podemos verlos, atravesando la tienda.

De pronto, el Ratón Uno, el que maneja, da un volantazo para esquivar un scooter que viene de frente, conducido por una cucaracha ebria.

Su auto choca contra la pata de una mesa de comedor.

Todos se lastiman, mi madre sale disparada.

El scooter de la cucaracha ebria derrapa pero milagrosamente sigue andando.

Miren, está empezando a nevar.

Cuando vemos estática en la televisión le decimos nieve.

La escritura no es la televisión.

Pareciera que, en mi época, la televisión y la escritura luchan.

La televisión y los libros luchan, mejor dicho.

La televisión y las películas y los libros, mejor dicho.

La televisión y las películas y los libros e internet, mejor dicho.  
No es una lucha de verdad: es una lucha arreglada.  
Pero la gente igual va a verla.  
Mi hijo me dice que este asunto de la escritura ya está pasado  
de moda.  
Mi hijo de trece años me dice que pronto los libros van a estar  
nocaute y que mejor me busque otra cosa para hacer.  
A todos los niños que he conocido les gusta una buena pelea  
con su madre.  
Y después ir a sentarse al sillón.  
Y comer snacks y acurrucarse.